

del editor un espacio considerable que no encontramos en su estudio introductorio.

En la anotación de la comedia, de tipo filológico y paleográfico, Cortijo realizó un trabajo minucioso y de calidad. Aplicó principios básicos de ecdótica para conseguir esta edición crítica que lejos de abrumar al lector con observaciones teóricas, dialoga agradablemente sobre las manos, tachaduras y enmiendas que existen en el manuscrito. Al lado de estos comentarios se reúnen a pie de página aquellas indicaciones que aclaran el sentido de pasajes y vocabulario.

Podríamos detenernos a discutir sobre la validez de la modernización ortográfica que el editor prefiere frente al *old spelling*. Sin embargo, es evidente que haber dispuesto un texto tan valioso como *El acierto en el engaño* de acuerdo con las normas modernas de nuestra lengua ofrece una ventaja que no tendría de cualquier otra manera: posibilita la difusión de esta comedia fuera del círculo de especialistas, entre los curiosos que nos acercamos al teatro de los Siglos de Oro.

ALEJANDRO ARTEAGA MARTÍNEZ

GABRIEL SÁNCHEZ ESPINOSA, *La biblioteca de José Nicolás de Azara*. Calcografía Nacional-Real Academia de San Fernando, Madrid, 1997; 294 pp., 1 grabado.

José Nicolás de Azara (1730-1804) es uno de esos literatos tangenciales que, por ignorancia o por desprecio, no suelen ocupar espacio en las historias generales del siglo XVIII y aún menos en las de la literatura. No se trata, desde luego, de que no contemos con la localización de sus manuscritos y de su labor publicista —editor de *Obras de D. Antonio Rafael Mengs* (1780), de Garcilaso (1765), de Horacio (1791) o de Virgilio (1793); traductor al español (Madrid, 1790) de la famosa *Life of Cicero* (1741) de Middleton y comentarista, entre otras, de *Introduzione alla storia naturale e alla geografia fisica di Spagna* (1783) de Bowles, traducida por Francesco Milizia—; tampoco que carezcamos de estudios puntuales al respecto —F. Aguilar Piñal, *Bibliografía*, I, 3143-3203, da buena cuenta de unos y otros—, como los recientes de J. Checa sobre el concepto de belleza (pp. 462-464) y de A. Úbeda sobre la fortuna del *Mengs* (pp. 1044-1049), ambos en la *Historia literaria de España* (1996) a cargo del referido Aguilar Piñal.

Existe, incluso, una faceta poco conocida de Azara, al menos fuera de España: la de corresponsal del arzobispo Lorenzana y defensor, a través de unas *Reflexiones* (1777), de la causa canónica de don Juan de Palafox, obispo de Puebla, visitador de la Audiencia de Mé-

xico y virrey de Nueva España entre 1640 y 1649. Aún no escaseando todo eso, falta, por el contrario, una monografía que, partiendo del Azara diplomático, lo enmarque y considere como intermediario cultural de la España de las reformas borbónicas de la segunda mitad del siglo XVIII y las corrientes filosóficas y políticas vigentes por esos mismos años en Italia y en Francia; un acercamiento interdisciplinario al personaje y a su obra, que todo es uno y lo mismo a pesar de los distinguos formalistas. *Interdisciplinario vale enciclopédico*, pues no de otra forma puede abordarse el pensamiento de un ilustrado. Habrá ahí mucha tela que cortar, aunque pocos sastres. El reciente trabajo de J. L. Gotor (“José Nicolás de Azara, editor de clásicos con Bodoni”, en *Italia e Spagna nella cultura del ‘700*, Roma, 1992, pp. 87-118) puede considerarse como un primer y selectivo acercamiento a ese respecto, pero será tarea primordial el estudio de su copiosa correspondencia —con Bernardo de Iriarte, Bodoni, Llaguno, Roda, Lorenzana, Pérez Bayer, Aranda, Floridablanca, Godoy, etc.— y poseer un fiable texto crítico del autógrafo *Memorias de Dn. José Nicolás de Azara* (B.N.M., ms. 20.121), editadas, por cierto, en una primera instancia (Frankfurt/Main, 1994), por el autor del libro que pasaré de inmediato a comentar. Mucho antes lo había sido, de forma desastrosa, por Basilio Sebastián Castellanos de Losada bajo el título genérico de *Revoluciones de Roma que causaron la destitución del papa Pío VI* (Sánchez, Madrid, 1847).

Azara residió más de treinta años en Roma y París —donde ejerció diversos cargos diplomáticos—, y durante su larga estadía en la ciudad de los papas (1766-1798) llegó a atesorar una riquísima biblioteca cifrada por él mismo en unos veinte mil volúmenes. No hubo español destacado que visitara la ciudad eterna que no fuera recibido y obsequiado por Azara en el Palazzo di Spagna, como Moratín hijo o el abate Viera y Clavijo, quien lo estimó “uno de los españoles que hacen más honor a la nación por su espíritu, su ilustración, su talento y su gran política” (*Viaje a Italia y Alemania*, Isleña, Santa Cruz, 1849, p. 59).

La biblioteca de José Nicolás de Azara abarca, como dice Sánchez Espinosa, la práctica totalidad de los autores y textos representativos de la Ilustración. Pero lo que se catalogó y puso a la venta en 1806 y estudia el autor constituye sólo una parte de la llamada “biblioteca grande” —la reunida por el diplomático en la época romana—, sus mejores y más valiosos libros: un total de 3267 obras, recogidas en 3100 entradas. No faltan en ese acervo los grandes proyectos editoriales de la época de Carlos III —la *Historia literaria de España* (1766-1780) de los Mohedano, aunque sólo los seis primeros tomos (#2494); la muy aumentada segunda edición de la *Bibliotheca Hispana* (1781-1788) de Nicolás Antonio (# 108 y # 109), la *Española* de Rodríguez de Castro (1781-1786, # 2493), el primer tomo de *Dell’origine, progres-*

*si e stato attuale d'ogni letteratura* (1785) del abate Andrés (# 88), etc.—, aunque se echa de menos una obra “del día” tan señera —del propio Azara se habla en I, pp. 176-179— como el *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reynado de Carlos III* (1785-1789) de Sempere y Guarinos. ¿A qué se deberá omisión tan extraña? De los enciclopedistas encontramos, entre otros, el muy exitoso *Dictionnaire philosophique* (1765) y la primera edición de *Collection complète des œuvres de M. de Voltaire* (1757-1761), en veintiún tomos (# 3042 y 3037), *De l'homme* (1773) de Helvétius (# 1299), *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie* (1759-1767) de D'Alembert (# 50) o *Œuvres en deux parties* (1766) de Rousseau (# 2516). Azara, como Viera y Clavijo, no tuvo nunca problemas para obtener licencia —en su caso por la inmunidad diplomática— y acceder a obras prohibidas, “requisito imprescindible para la tranquilidad espiritual y civil de cualquier católico con el propósito de leer un libro colocado en el Índice” (p. 42).

La edición del catálogo de la biblioteca ocupa la mayor parte del libro (pp. 55-270) y se complementa con un útil índice onomástico (pp. 277-294). Cabe subrayar que Sánchez Espinosa proporciona un texto crítico, es decir dilucidado, corregido y restaurado; y enriquecido, cuando viene al caso, con oportunos comentarios propios o con fragmentos epistolares alusivos, siempre entre corchetes. Prohija ahí no pocas obras a sus autores o impresores, en un encomiable intento de solventar la anonimia expresa y las omisiones de los curadores del catálogo de venta, publicado en Roma bajo el título de *Bibliotheca excellentissimi D. D. Nicolai Iosephi de Azara* (1806) por el impresor Aloisio Perego Salvioni. Constituye una pertinente apostilla, por ejemplo, la que ilustra la *Biblioteca española* de Rodríguez de Castro —la ya citada entrada # 2493—, donde airea el papel desempeñado por Azara en los contactos eruditos de Castro con el piemontés Gianbernardo De Rossi, “que es hoy el más famoso profesor de hebreo de Italia”. Por cierto: el primer tomo —que tanto elogia Azara en misiva a su amigo Bodoni— se lo regaló el propio Rodríguez de Castro, a quien acusó recibo en carta de 25 de julio de 1782 augurándole que su *Biblioteca* iba a inaugurar toda “una época en la Literatura”. ¡Cómo debió de pavonearse el imprudente hebraísta al oír semejante aleluya! (J. Cebrián, *Nicolás Antonio y la Ilustración española*, Kasel, 1997, p. 138).

El jugoso estudio preliminar está dividido en breves capítulos. Es obvio que Azara no podía vivir sin biblioteca y que allá donde lo llevó la diosa Fortuna juntó cuantos libros pudo: muchos o pocos, según las circunstancias. De ello se ocupa el autor en el primero, para estudiar luego el catálogo de venta y la índole de la “librería selecta”, acervo, en efecto, en que convergen “tres bibliotecas diferentes: la del funcionario reformista, la del ilustrado y la del bibliófilo”

(p. 38). Un lector ilustrado amigo de artistas —Mengs, Winckelmann, el tratadista Milizia— y editor de clásicos como Azara, en frecuente trato con impresores y libreros no era fácil que escapase a la “passione dei libri”, a la bibliofilia. A esa faceta y a sus relaciones con el célebre tipógrafo de Parma Giambattista Bodoni (1740-1813) dedica Sánchez Espinosa las páginas finales. Un “ansia de tener libros” —Azara ofreció, sin éxito, 12,000 escudos por la biblioteca del abate De Rossi— que Terreros, un tanto irónica y socarronamente, llama *bibliomanía* y considera, por excelencia, “la enfermedad de este siglo” (*Diccionario*, t. 1, p. 243).

Sánchez Espinosa dirige su libro a un público muy concreto: a los dieciochistas en su más amplio crédito. Un lector específico que no precisa de repeticiones y que suele tomar lápiz y papel —he visto a más de uno— y anotar lo que le interesa. Tras la obligada referencia a las fechas en que Azara acopió su biblioteca romana (p. 16), el autor insiste en que es “la reunida por él en Roma entre enero de 1766 y mediados de marzo de 1798” (p. 21); y remacha, casi a la letra, páginas más adelante: “la reunida por éste en Roma entre 1766 y 1798” (p. 30). Ésta y otras repeticiones similares debieron haber sido detectadas y eliminadas en las galeradas, así como errores de concordancia —por ejemplo “Bibliothèque Impérial” (= *Impériale*, p. 29), de acentuación —“neoclásicistas” (p. 47 n.); “du Panthéon” (= *du Panthéon*, p. 21)— y solecismos como “a grosso modo” (p. 24) que deslucen una obra bien hecha. No obstante, la bella tipografía y el excelente papel utilizado en la impresión contribuyen, y mucho, a que tales *peccata minuta* pasen casi inadvertidos.

Pormenor que debió quedar expresado, el relativo a los criterios de edición observados en los textos que se citan en español e italiano. Cabe suponer que el autor transcribe tal cual los originales, incluso en el aspecto prosódico, pues nada advierte al respecto. Por lo que hace al español del siglo XVIII, lo más oportuno es adecuar el texto a la norma actual —conservando, eso sí, lo fonológicamente pertinente— y, desde luego, acentuar a la moderna. Máxime cuando en Azara no hay voluntad de ortografía propia. Cosa más compleja, su italiano: “uno strano impasto o mosaico”, como justamente lo define A. Ciavarella, estudioso de Bodoni. En una conciencia de permanente bilingüismo Azara, como muy bien ha observado J. L. Gotor, “rechaza la segunda lengua por purismo y la acepta sólo para su uso diario” (art. cit., p. 107). De ahí que escriba repetidas veces que el italiano es “lingua che non so bene” y que sólo lo posee “per puro uso”. ¿Qué hacer pues? ¿Respetar el caos grafemático? ¿Adecuarlo al uso moderno? ¿Conservar los rasgos dialectales romanescos? Tal vez no estemos demasiado lejos de la “lingua arbitraria” de la que se queja Baretto (*Scelta delle lettere familiari*, t. 2, p. 26): la “linguaccia” que hablaban entre sí los arcades en el Bosco Parrasio, que producía

espanto a quien la oyera o la viese escrita. El italiano ya ha conquistado por los años de Azara una posición incompatible con el empleo serio, noble u oficial del dialecto escrito. Sugeriría también normalizar la acentuación y las grafías de su italiano, pues Azara no escribe con prurito de desviarse de la norma sino con autodeclarada insuficiencia ortográfica. En caso de solución mixta, habría que explicitar en los criterios de edición los rasgos dialectales que se conservan.

JOSÉ CEBRIÁN

SEYMOUR MENTON, *Historia verdadera del realismo mágico*. F.C.E., México, 1998; 256 pp.

Para los que pensábamos que el debate de la crítica sobre el realismo mágico se había agotado hacía tiempo, este libro es una sorpresa. El proyecto, dice Menton en el prólogo, se inició en los años setenta, pero finalmente “se estancó” y fue abandonado. Quizás era necesario tomar distancia para poder reflexionar nuevamente sobre una corriente literaria que resultó avasalladora en nuestro continente y que se convirtió, para bien o para mal, en la poética dominante del “boom”. En todo caso parece que fue la visión más exportable y también la más exótica de este fenómeno. Pero volver hoy, a finales de este decenio, sobre el realismo mágico representa sin duda un reto: obliga primero a una mirada retrospectiva, a un recuento de los avatares de un término que se usó indiscriminadamente y también a una reflexión sobre su eficacia.

Primero, conviene precisar que el libro de Menton no es, a pesar de su título, una “historia” de esta tendencia artística sino una propuesta de lectura de lo que considera “una tendencia universal” (p. 10) con límites cronológicos precisos: el origen de lo que se entiende por realismo mágico está en el movimiento pictórico alemán posterior al expresionismo al que se refirió el crítico de arte Franz Roh en un célebre libro publicado en 1925 (traducido dos años después al español por la *Revista de Occidente* con el título, *Realismo mágico, postexpresionismo. Problemas de la pintura europea más reciente*). El libro de Menton se propone, pues, demostrar el carácter internacional del realismo mágico y su vigencia hasta nuestros días, a partir del análisis y cotejo de distintas obras narrativas, producidas en lenguas, tradiciones y contextos asimismo distintos (Francia, Alemania, Italia, Estados Unidos, el Caribe francés, Argentina, Colombia, Brasil y México, entre otros). El recorrido empieza con Borges y García Márquez y concluye, si exceptuamos la breve “coda mexicana” dedicada a Rulfo y Arreola, con dos novelas recientes publicadas en los Esta-